

# MOTIVOS

Que tuvo el H. Consejo Universitario para proclamar Maestro de América a don Justo Sierra

## POR EL DOCTOR SAMUEL RAMOS

En la sesión del Consejo celebrada el día 12 del presente, a propuesta del señor Rector se aprobó unánimemente declarar a Justo Sierra Maestro de América.

Sobrados méritos tiene esta gran figura de la inteligencia mexicana para recibir aquel título. Hombre extraordinario dentro de su medio y de su tiempo por los valores espirituales que reunió en su persona y por la magnitud de la obra que realizó en beneficio de la cultura de México. El tipo de su obra es en todo similar a la que realizaron en otras partes del continente Andrés Bello, Eugenio María de Hostos y Domingo Sarmiento. Tuvo la misma visión que ellos, al pensar que el porvenir de una nación que está formándose, sólo puede asegurarse firmemente, en una educación que atiende, a un tiempo, la educación elemental y la más alta cultura del espíritu. Por eso dió un impulso decisivo a la educación nacional creando un Ministerio de Estado *ad hoc*, pero al propio tiempo dió cima al proyecto que había acariciado por muchos años, fundando la Universidad de México con un sentido moderno, que relegaba definitivamente al pasado las caducas tradiciones de la Universidad Pontificia. Sólo una mente tan amplia y tan lúcida como la de Justo Sierra, tan ajena a prejuicios de partido que son signos de pequeñez, pudo elevarse a la comprensión de las necesidades del país en sus dos extremos. Jamás la empañó ese orgullo intelectual que se resiste a ocuparse de los problemas de la cultura primaria, pero por otra parte no estaba encerrado en esas limitaciones que ciegan a la comprensión de la alta cultura o que la desdeñan por un inconfesado resentimiento. Su espíritu se movió siempre muy por encima de posiciones parciales, porque lo animaba una ilimitada comprensión humana, que le permitía conocer y amar al niño y al adulto, al iletrado y al hombre más encumbrado en la sabiduría. Si queremos medir la magnitud espiritual de Justo Sierra, debemos tomar en cuenta que la comprensión universal es uno de los signos de la grandeza. Justo Sierra es uno de los modelos más altos que se puede ofrecer a los hombres de América de cómo se debe asimilar la cultura europea sin sufrir, según la expresión de un escritor sudamericano, las "vicisitudes del descastamiento". En realidad Justo Sierra encarna el ideal de la cultura hispanoamericana, que es y ha sido absorber los valores espirituales de nuestros maestros de Europa, no para expatriarnos de nuestro suelo nativo, sino al contrario para desarrollar y acentuar los rasgos personales de nuestros

países de América. Ahora bien, en Justo Sierra se da precisamente este tipo de hombre en que la superioridad de la cultura universal viene a exaltar los sentimientos nacionales que se vierten en una obra de comprensión y amor por su país, creando realidades objetivas destinadas a formar el alma de sus conciudadanos, y luego, como coronamiento, el alma nacional. Nadie como Justo Sierra se ha empeñado más en comunicar a los demás su ardiente amor a su solar nativo estableciendo el culto a la Patria. En este sentido ideal es como Justo Sierra constituye con declaraciones o sin ellas un Maestro de América.

No fué Justo Sierra un *dilettanti*, sino un hombre formado en severas disciplinas de estudio, que dieron profundidad y solidez a su cultura. Si es cierto que cultivó en particular la Historia, pudo elevarse en esta ciencia al nivel más alto, gracias a la universalidad de su inteligencia, provista de una información enciclopédica, en las artes, la poesía, la filosofía, las ciencias, etc. Parece haberle atraído la historia, porque en ella encontraba la vida y la pasión del hombre que él tanto amaba. Su humanismo le permitía comprender y valorizar certeramente los personajes y acontecimientos del pasado histórico, que así encontraban en él un juez lleno de simpatía y de equidad.

Como es bien sabido, Justo Sierra ha escrito una de las mejores síntesis de la Historia de México, que conserva hasta ahora validez en muchos de sus juicios e interpretaciones. Por primera vez en este intento, la historia parece desprenderse de la subordinación a las pasiones políticas de partido, para buscar cierta objetividad en la que por igual los hechos y los hombres aparecen cada uno en su justa proporción. Esta manera de ver la historia corresponde a la época en que se desarrolló Justo Sierra, cuando el imperio del positivismo impulsaba a tomar en todos los campos de la cultura una posición científica. Lo que pretendió el Maestro Sierra fué hacer de la historia una ciencia positiva, capaz de cumplir sus fines con una ecuanimidad semejante a la del biólogo o el sociólogo. En verdad, la historia no puede, por la índole peculiar de su material, adoptar los mismos métodos de las ciencias naturales, como lo prueba la misma obra de Sierra que, afortunadamente, supera las intenciones metódicas del autor. En efecto, Justo Sierra puede calificarse como un gran historiador, porque su misión en este dominio la cumplió en la única forma en que puede cumplirse, es decir, no como un relator y compilador exacto e imparcial de las fuentes históricas, sino como un intui-

tivo que penetra en el corazón del pasado, le infunde nueva vida, en evocaciones magistrales y trata de descubrir el sentido de la evolución humana. Justo Sierra fué un gran historiador porque reunía varios dones, sin los cuales no se puede hacer la verdadera historia; una inteligencia lúcida para juzgar críticamente los valores del pasado, una imaginación de poeta para reconstruirlo y una profundidad de filósofo para penetrar el misterio de los destinos humanos.

Justo Sierra concibe la historia, dentro de las ideas de su tiempo, como una marcha hacia la libertad y el progreso. Quizá algunos contemporáneos pudieran juzgar que esta concepción es anticuada, y referirla a la interpretación liberal de la historia tipo siglo XIX. Sin embargo, después de las grandes conmociones mundiales que hemos padecido actualmente, podemos volver a las páginas del maestro y hacerle justicia, reconociendo que no se equivocaba al colocar la libertad como uno de los grandes ideales por los que la humanidad ha luchado a través de los siglos.

Como filósofo Justo Sierra hubo de adoptar las doctrinas positivistas en las cuales se educó oyendo las lecciones de Gabino Barreda. Pero ni la disposición de su espíritu, abierto a todas las formas de la cultura, ni su predilección por la historia podían admitir la unilateralidad del cientificismo que afectó a sus contemporáneos. Más aún, en la historia de nuestras ideas ocupa un lugar crucial, al ser el primero que apunta a una generación más joven los nuevos horizontes de la filosofía, que marcaron el fin de la época positivista en México. Cumplió así la misión de un verdadero maestro no

sólo transmitiendo el saber en la cátedra y fundando escuelas, sino además señalando rumbos al pensamiento y la cultura.

Pudo haber sido Justo Sierra una de estas figuras frecuentes en la intelectualidad hispanoamericana, que se aíslan en su torre de marfil y resultan inoperantes en el movimiento de nuestra historia social. Pero parece al contrario que el desarrollo de su personalidad intelectual, avivó su conciencia de ciudadano para impulsarlo a entregarse a una obra de trascendencia nacional. Las oportunidades políticas de que gozó, así como su vocación pedagógica, marcaron la dirección de esa obra. Sentar las bases de la acción educativa del Estado, desde las primeras letras hasta los estudios universitarios, ese fué el plan de Justo Sierra. No es éste el lugar para examinar en detalle las calidades de este plan, ni soy yo el más autorizado para hacerlo. Sólo quiero hacer notar que el gran desarrollo que ha tomado en nuestros días la educación pública en México, es todavía una consecuencia del impulso inicial que le imprimió Justo Sierra. En la educación primaria, en la educación normal, se conservan aún las huellas que dejó nuestro gran educador. En cuanto a la Universidad de México, no necesito decir en uno de sus recintos, que debemos gratitud a él, como los hijos deben gratitud al padre que les dió la existencia. Pero sí es oportuno recordar aquí que esta Facultad de Filosofía es una obra directa suya, pues resultó de un cambio de nombre a la Escuela de Altos Estudios que dentro del plan primitivo de Justo Sierra era el coronamiento de la Universidad por él fundada.

Sólo por cumplir con una formalidad académica he venido a hablar aquí de una figura bien conocida de todo el mundo culto de México, que no necesita de alabanzas, porque sus altas virtudes personales y su gran valor histórico están ya bien definidas en la conciencia de todos. Para terminar quiero únicamente agregar algo en lo que respecta a su significación continental. Varias universidades de países hermanos han proclamado a Justo Sierra Maestro de América. La Universidad de México, que es como el hogar propio de este eminente mexicano, se siente profundamente reconocida de este acto de amistad y de justicia, y ha querido secundarlo como un homenaje ferviente al hombre del que ahora celebramos el primer centenario de su nacimiento. Ya lo hemos dicho, Justo Sierra encarna como Bello, Hostos, Sarmiento, Rodó, el ideal hispanoamericano de cultura. La calidad de su obra, escrita en una magnífica prosa, lo hace acreedor a figurar entre los clásicos de nuestra raza hispanoamericana. Por estos motivos, el Consejo Universitario ha tenido a gran honor aprobar por aclamación la iniciativa del señor Rector de la Universidad de México, que va a declarar en este día a Justo Sierra, Maestro de América.



**BAKER & ADAMSON**  
Laboratory Reagents  
and Fine Chemicals  
DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS  
**ALIANZA QUIMICA  
MEXICANA, S. A.**  
de C. V.  
Serapio Rendón 50.  
16-33-00. 36-18-95.  
México, D. F.  
MATERIAL PARA LABORATORIOS